

AUTORA	Lero, María Gertrudis de
TÍTULO	<i>Copia de la carta en que la reverenda madre sor María Gertrudis de Lero, abadesa del convento del señor San Miguel capuchinas del gran Puerto de Santa María, da cuenta a los demás conventos del dichoso tránsito, y heroicas virtudes de la venerable madre sor María Josefa Antonia Melero, primera abadesa y fundadora de dicho su convento el día 28 de diciembre de 1750</i>
DATOS BIBLIOGRÁFICOS	El Puerto de Santa María: Imprenta de Roque Gómez, s.a. [pero c. 1751]; 24 p., 4º.
EJEMPLAR	Biblioteca Pública del Estado de Cádiz: XVIII-8317(6) (Encuadernación de pergamino; Índice manuscrito del volumen facticio en hojas de guarda anteriores; Anotaciones manuscritas de la época en portada; huellas de bibliófagos; exlibris manuscrito de la época en p. 24: “M.e Sor Juana de los Dolores [...] portera del Choro en su convento de Redemptios de la”; <i>Probationes pennaee</i> en p. 24).
NOTAS	El fallecimiento de la capuchina María Josefa Antonia Melero, así como el funeral hecho en su recuerdo, quedaron asimismo recogidos en un dietario de un vecino de El Puerto de Santa María, testigo presencial de estos hechos: “En 6 de diciembre [de 1750], como a las nueve de la noche, pasó de esta vida a la eterna la reverenda madre sor María Melero, religiosa capuchina fundadora de este convento, su edad de más de 80 años, habiendo sido prelada desde que vino a fundar hasta su muerte, que se cuenta 20 años. Fue su vida muy ejemplar, y todas las comunidades fueron al convento a hacerle cada una de por sí sus exequias. Estuvo su cuerpo insepulto hasta el día nueve, y el clero fue al convento y hizo el oficio de enterrar, y en la Iglesia Mayor se le dijo un novenario de misas como se hace con los clérigos. La sangraron después de 26 horas de difunta, y salió la sangre, que se recogió en pañuelos. <i>Requiescat in pace</i> . Amén. El día 22 se le hicieron unas suntuosas honras y predicó un religioso capuchino llamado fray Antonio de Santiago, cuyo sermón se dio a la estampa”. Juan José IGLESIAS, <i>Memorias de un mercader a Indias: Imágenes de España y América en el siglo XVIII</i> , Sanlúcar de Barrameda: Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de El Puerto de Santa María, 2004, pp. 206-207.
EDICIÓN	Alberto Gamarra Gonzalo
RESPONSABLE	Nieves Baranda Leturio



[p. 1] [Portada]

[Enmarcado por dos bandas de adornos xilográficos con cruces patadas en las esquinas] [Cruz patada] Copia de la carta en que la reverenda madre sor María Gertrudis de Lero, abadesa del convento del señor San Miguel capuchinas del gran Puerto de Santa María, da cuenta a los demás conventos del dichoso tránsito, y heroicas virtudes de la venerable madre sor María Josefa Antonia Melero, primera abadesa y fundadora de dicho su convento el día 28 de diciembre de 1750. [Banda de adornos xilográficos] Con licencia: Impresa en dicha ciudad del Puerto, en la imprenta de don Roque Gómez, en la calle de Cielos.

[p. 2] [En blanco]

[p. 3]

[Cabecera de adornos tipográficos que encierran en el centro la frase: “JESUS, MARIA, Y JOSEPH”]

[Inicial grabada] Amantísima madre de mi vida. No sé cómo puedo explicar a vuestra reverencia el dolor que ha sorprendido los corazones de toda esta comunidad, a quien Dios se ha servido visitar con el considerable golpe de la pérdida de una madre tan tiernamente amada de todas, como por tantos años tan dulce y suavemente poseída. Solo fortalecida del mismo Señor, y obligada de la precisión, puedo dictar esta para que vuestra reverencia y su comunidad consuele a esta, de sus afligidas hermanas, ayudándoles a sentir, haciendo digna ponderación de su dolor; dicen que tener en él compañeros es alivio, y que el corazón descansa mientras lo cuenta; pues permítame vuestra reverencia este desahogo escuchando una sucinta relación de nuestra pérdida.

El día seis de diciembre fue nuestro Señor servido de llevarse para sí a nuestra venerable madre fundadora, la madre sor María Josefa [p. 4] Antonia Melero y Andia, de edad de ochenta y tres años, y sesenta y dos de religión, de los cuales diez estuvo en Zaragoza; fueron los primeros, pero tan ejemplares y colmados de méritos, que le granjearon el honor de ser una de las escogidas para basa y piedra fundamental de la erección del convento de Sevilla, y el tránsito del estado de religiosa de fuera del coro al de dentro, a que se siguieron los empleos de maestra de novicias, vicaría y otros en que gastó con común alabanza treinta años.

En el dicho tiempo la que allí entró la última de las piedras, que en lo formal fundamentaron aquel santo edificio, había crecido ya en tan grande monte de perfección, que, no siéndole bastante aquel terreno, pedía de justicia más dilatado campo, y ella sola brindaba con capacidad suficiente para otro mayor, si pudiera haberlo. Tratándose, pues, entonces de esta fundación por nuestro amantísimo padre y ejemplarísimo prelado, el excelentísimo señor don Luis de Salcedo y Azcona¹, y las celosas madres de aquella santa comunidad, la primera que llenó las satisfacciones de aquellos celosos ánimos, para obra tan grande, fue nuestra venerable madre, que salió electa con común acuerdo y gusto de las demás fundadoras en prelada y primera basa de este santo edificio.

[p. 5]

¹ Luis de Salcedo y Azcona, segundo hijo del I Conde de Gomara, fue sucesivamente obispo de Coria, arzobispo de Santiago de Compostela y, finalmente, arzobispo de Sevilla desde 1722 hasta su fallecimiento en 1741. En relación con El Puerto de Santa María se recoge que durante su etapa hispalense “hizo labrar la iglesia y parte del convento de Capuchinos, dotando en él una capellanía para el servicio de aquella religiosísima comunidad”. Basilio Sebastián CASTELLANOS DE LOSADA (Dir.), *Bibliografía eclesiástica completa*, Madrid: Alejandro Gómez Fuentenebro, 1865, XXV, pp. 8-16.

Confió en esta mujer fuerte el corazón de su varón, y no quedaron frustradas sus confianzas. Todos los días² que aquí vivió, que fueron muchos, fue una continuada perfección su vida. Edificaba los propios y cautivaba a los extraños. Veintiún³ años la conservó el Señor para que dejase perfeccionada la obra a que la eligió su providencia.

Luego que entramos en este nuevo convento puso su recogimiento junto al reloj, y se hizo cargo del penoso ejercicio de despertadora, y era para alabar a nuestro Señor ver cuán poco le pesaban tantos años para, con la ligereza de veinte, llamar a maitines y a prima. El celo de las divinas alabanzas la debía de tener siempre en vela pues jamás faltó a la puntualidad de la hora. Cuán puntual sería en la observancia de nuestras leyes se deja inferir de esta inviolada exactitud, pues no cometió defecto ni en lo que por dormida podía no ser culpa; tan dueña era de sí misma para lo virtuoso que ni el sueño la enajenaba de lo solícito, como que a todas las despertaba, a todas las hacía velar como madre e iba delante de todas como prelada.

Lo mismo que hacía para guiar a sus hijas al coro, hacía para conducir las a la cumbre de la perfección; de todas las virtudes se proponía vivo y poderoso ejemplo; pero en las más, más era para admirada que para seguida; no caben todas en la breve- [p. 6] dad de una carta, pero ni tampoco cabe dejar de referir algunas para nuestra edificación⁴ y doctrina.

Como buscó a Dios, y Dios la tuvo siempre de su mano seglar, supo despreciarlo todo y religiosa observarlo; así, aun cuando sexagenaria, y octogenaria, había comunicado su alma tal fortaleza a su cuerpo, que no experimentándose en él las naturales decadencias de la edad, se mostraba tan robusta, que se rendían las jóvenes si se empeñaban en imitarla en la firmeza.

Qué más claro indicio de esta verdad que el que se sigue. A maitines, y demás horas de coro, se mantenía en pie sin arrimo; las tres horas de oración de la comunidad de rodillas, sin llegarse a cosa que le pudiera servir de entibo y de descanso. Lo mismo hacía oyendo las misas conventuales y de gracias. Los días de fiesta continuaba de rodillas hasta el toque del refectorio; concluido este, sino la detenía su empleo, se volvía al coro de donde había salido con violencia, allí continuaba hasta la hora de vísperas en que la hallábamos en la misma mortificación; nos asombraba mucho tal fortaleza en tantos años y males, principalmente el que padecía de continuo en una pierna; no sabíamos cómo podía sostenerse en su rodilla, y sospechábamos muchas veces la mantenían los ángeles. Lo cierto es que, compadecidas, decíamos: madre, por amor [p. 7] de Dios, siéntese vuestra reverencia, que estará con mucho quebranto. Y respondía con mucha gracia: No, hijas, no me tengan lástima, que no estoy sino con gran conveniencia. Y parece que así era, según la firmeza y gusto con que seguía. Hasta los ochenta años practicó con el mayor tesón el

² En el texto: *día*.

³ En el texto: *veinte y un*.

⁴ En el texto: *edificacon*.

ejercicio referido, todas las mortificaciones y asperezas de la religión, los ayunos frecuentes de nuestra santa regla, muchos de devoción a pan y agua, las disciplinas de comunidad y otras particulares de sangre; en todo nos daba a todas muchos motivos de alabar a Dios y servía de confusión aun a las más fervorosas.

Era en extremo devota del santísimo sacramento, procurando su culto y adoración y que estuviera patente con la ostentación posible. Gastaba todo el tiempo que le permitía su empleo en su divina presencia; y cuando las obligaciones se lo estorbaban se le conocía la gran violencia que padecía, y, sin saber cómo, se desfilaba para hacer una visita a su amado y adorado esposo. No podíamos creer de este Señor, que tan bizarro es con sus siervos, que a una alma tan enamorada de su majestad negase algunos de los muchos favores que ha hecho a tantas; pero para ser en todo admirable fue extremada en el silencio, y nada se le oía, ni de lo que Dios le pasaba.

[p. 8]

Escondía con el más humilde rendimiento el sacramento del gran rey. Toda interior, nada dejaba traslucir de las ocultas gracias de su dueño sino lo que no podía excusar en el resplandor con que Dios sella el semblante de sus escogidos. Era este tan penetrativo en cuantas lo mirábamos, que nos hacía concebir altamente de sus gracias. Sobresalía en una circunspección tan venerable, que jamás se le oyó una palabra en su alabanza y, lo que es más, ni en su desprecio. Nada se le notó que indicase afectación ni se le escuchó un suspiro; una persona devota le pidió uno a su majestad por sus fatigas y respondió: Pídame vuestra merced otra cosa, que eso yo no lo sé hacer.

Es imponderable la valentía de su ánimo y la constancia en tolerar dolencias. Fueron muchas las que probaron invicta su paciencia y que era un Job en el sufrimiento; su penitencia podía graduarse de crueldad y por temeridad el arresto con que acometía a las cosas más arduas y nocivas muchas veces a la salud; jamás esta le mereció la más ligera atención ni su pérdida la estimulaba a su reparo; era menester vencerla, para curarla, porque su valor nunca quiso rendirse a las violencias de los accidentes. De continuo tenía una pierna monstruosamente hinchada al rigor de la erisipela y no por eso dejaba de estar de rodillas; muchas veces le subía a la cara, causándole [p. 9] corrimientos, dolores de muelas y penosas fluxiones a los ojos; pero no por eso le suspendía el giro de sus ejercicios y afanes, porque de nada se hacía caso; no teníamos más noticias de sus accidentes que las que nos daban los despojos. No sabíamos de su dolor sino cuando hallábamos la muela en el recogimiento y la sangre en algún paño, y diciéndole: Madre, ¿es posible que vuestra reverencia haga estas cosas? ¡Qué dolor habrá tenido! Respondía con mucho donaire, riéndose: El mismo que si el sacamuelas me la hubiera sacado, y ya no se hable más de esto.

Empeñada en sufrir por su crucificado dueño todo le parecía poco. Tenía hecho propósito de no defenderse, aunque le picaran alacranes, ni sacudirlos como naturalmente hacemos todos cuando nos molestan las moscas, etc.⁵ No hay religiosa que le haya visto bostezar; nunca dijo mucho frío o calor hace, ni se arrimó al fuego; y cuando nos quejábamos de semejantes temporales decía: Este es su tiempo; nunca bebió fuera de las horas del refectorio. De todo pueden vuestras reverencias inferir cuán mortificados tenía sus sentidos y cuán poco participaba de las pasiones terrenas, gobernada tan perfectamente a lo espiritual. No parece que en su reverencia batallaban las dos tan encontradas leyes de que se quejaba San Pablo y parece que toda era espíritu, a cuya ley vivió siempre suave y constantemente sujeta.

[p. 10]

A los ochenta y un años le dio el mal de perlesía, y luego que se sintió con algún alivio volvió al giro regular. Seguía la comunidad y el coro hasta la hora de maitines pero con esta singularidad tan notable. Se le señaló a una religiosa para que la cuidara porque la mano derecha le había quedado inhábil; la religiosa que tenía dicho cuidado la acostaba en la tarima y, en aquella postura que la dejaba, la hallaba porque quedaba sin movimiento; luego que tocaban a maitines la iba a levantar y, puesta en pie, andaba apresuradamente al coro y demás ejercicios.

Desde este tiempo se le advirtió un modo de abstracción, que se conocía estaba aquella alma dichosa más donde amaba que donde animaba. Con mucha violencia descendía a las cosas exteriores, que eran inexcusables en su empleo. Todo su anhelo era el coro y asistir al santísimo sacramento de día y de noche. Aun en aquella tan cansada edad nadie podía dar alcance al vuelo de su espíritu todo amor. Volaba con ardientes efectos, serafín asistente, e inseparable del trono al señor, que le ocupaba en la sagrada eucaristía; parece quiso el mismo padre amoroso premiar tanta devoción con que le recibiese dos veces el día que pasó a gozarle.

Era devotísima del dulcísimo nombre de Jesús, y sintiendo sus efectos repetía las dulces voces: [p. 11] *Jesu decus angelicum in aure dulce canticum.*

Amaba tiernamente a San Juan Evangelista. Nos decía se le había aumentado la devoción porque lo vio en ademán de decir misa en una capilla de la iglesia de Zaragoza, revestido de nos ornamentos como del cielo, y que cuando se volvía al pueblo, por decir *Dominus vobiscum*, decía: Amor y más amor. Esto la encendió más en el de su amado Jesús.

Como era su amor ardiente, era su oración fervorosa, y tan eficaz y agradable a nuestro Señor, que, parece, nada le negaba de cuanto le pedía. Hallóse su recato en gran peligro por un

⁵ En el texto: *çv.*

bulto deforme⁶ que se le levantó sobre un muslo. Más que a los hierros temía a los ojos del cirujano. La noche del día en que explicó su malicia levantó el corazón a Dios y le pidió, con todas veras, la librase de tal enfermedad. (¡Caso portentoso!). En señal de que fue oída amaneció enteramente sana. Con este y otros muchos prodigios, que omito por la brevedad que pide una carta, llegó a los últimos días de su vida ya casi muerta, pero sin poder reducirla a que dejara el coro y se estuviera recogida. El día cinco del corriente se avisó al médico, y viendo este la monstruosidad de la hinchazón, lo destemplado del tiempo y, sobre todo, su mucha edad, mandó se recogiera y no pensara más en maitines, y respondió: Sea por amor de [p. 12] Dios. ¡Notable pesadumbre! No era menester más que fuera mortal su achaque; no podía buscar a su dueño en el coro, pues debía ir a buscarlo al cielo.

Parece que, para no retardarle el Señor este consuelo, permitió se le acelerase el accidente, de modo que pudo ir a cantar al cielo los maitines.

A la segunda visita le ordenó al médico el sagrado viático, con que un mismo día recibió dos veces al Señor por quien ansiaba a todas horas. Esto era ya a las cuatro de la tarde y, aunque la veíamos fatigada, no creíamos acabaría tan presto porque, al oír tocar a vísperas, comenzó a hacer amago a levantarse y a signarse diciendo: *Aperi Domine*, y fue menester, para quietarla, decirle que ya estaba dicho. Pusimosle delante la imagen de nuestra Señora, que estaba compuesta para la fiesta de su concepción, y alma devotísima, a vista de madre, que siempre había amado con entrañable ternura, que le rebosaba el gozo por los ojos; y no cesando de repetir salves parecía que no estaba en tan último peligro. Luego que salimos de vísperas fuimos, como es costumbre, a visitar a nuestra venerable enferma, que no atendía más que a rezar salves, arrobada toda en su oración; luego que concluyó una nos pusimos de rodillas y le pedimos la bendición; y con voz clara y entera nos la [p. 13] echó diciendo: En el nombre del padre, y del hijo, y del espíritu santo. Amén. También nos echó la de la noche. Viendo los padres, que por instantes se agravaba, le encomendaron el alma y aplicaron las indulgencias. Dijo el padre que era menester que diera su última bendición a la comunidad; respondió: Sí, y luego comenzó a agonizar. Preguntóle si se le ofrecía algo que reconciliar. Y dijo que no. En tanta paz y consuelo estaba su consciencia, y dando de ser así señales evidentes, entregó el alma en manos de su criador siendo como las ocho de la noche. A esta hora vimos con imponderable dolor acabarse aquella vida tan amable para nosotras; apagarse aquella antorcha, que con tantos resplandores de ejemplos y virtudes había ilustrado, no solo esta comunidad de sus amantes hijas, sino todo este pueblo, que le veneraba por santa y fiaba mucho en sus oraciones; así fue el desconsuelo de todos al saber su fallecimiento. Luego que la compusieron, para ponerla en el féretro, teniendo antes (como es común en todos los cadáveres)

⁶ En el texto: *diforme*.

la cabeza caída, al levantarla, para ponerla en el féretro, por si misma, y sin extraño impulso, la levantó e inclinó hacia el pecho, con tal firmeza, que puesta en el féretro se quedó sin arrimo alguno, ni almohadas, desde más abajo de los hombros, toda en el aire, como quien está haciendo reverencia y cortesía a alguna persona, con un modo agraciado y respetable, que causaba admiración a cuantos la veían. Pues ¿quién no se había de pasmar, viendo un cadáver medio suspenso y levantado? El juicio que hicimos fue que, como su reverencia estaba siempre haciendo cortesías al santísimo sacramento, quiso el Señor que hasta difunta estuviese venerando a su divina presencia su cadáver, en señal de lo que hacía en el cielo su alma.

Luego, madre mía, que el lunes siete se bajó a la reja el venerable cadáver y se fue divulgando su muerte, fue innumerable el concurso de todo este numeroso pueblo, que, con ansiosa devoción, atropellándose unos a otros, ninguno quería quedar privado de la fortuna de verle y venerarle.

Pero quien se ha extremado en veneración y honor ha sido el caballero síndico, que lo es, por su señora abuela y madre nuestra, la señora doña Francisca de Wintuisen⁷, cuyas piedades a esta santa casa han labrado en nuestros corazones eternos monumentos, el señor don Vicente Antonio de Vos, hijo en todo del señor don Pedro de Vos, que creemos piadosamente, goza ya el premio de la mucha claridad con que nos atendió y cuidó siempre, más como natural padre que como piadoso bienhechor. Este caballero, pues, en quien lucen unidas las más distinguidas prendas de naturaleza y gracia, heredadas y propias, rompió en esta ocasión los diques de su corazón generoso para consolarnos a nosotras y honrar a nuestra madre. Dejó su reverencia escritas cartas dando noticia de su muerte a todos los conventos de nuestra sagrada religión, a todos los de esta ciudad y al ilustre clero de esta prioral iglesia; luego que lo supo quiso entregarlas por su propia mano y de camino ser el agente de tantos sufragios, como ha interesado su afortunada alma; pues, al leerlas y ver quien las llevaba, cada prelado ofreció venir con su comunidad; lo mismo ofreció el ilustre clero; y más, hacerle los sufragios de la hermandad de San Pedro ad Víncula.

Más, como el lunes no podía ser el entierro y el martes era día de nuestra Señora, se transfirió para el miércoles, pues en el cadáver no se conocía mutación⁸; y el señor vicario dijo entrara el médico a reconocerlo (este es afectísimo de nuestra santa madre). Cuando entró el médico

⁷ Francisca Clemencia Wintuissem fue hija de Roberto Winthuisen, un comerciante flamenco asentado junto con su hermano en El Puerto de Santa María a finales del siglo XVII, y de Baptistina Gallo. Clemencia casó con el coronel Jerónimo Hernández, comandante general de artillería del ejército de Andalucía, de quien luego enviudaría. Continuó con los intereses comerciales de la familia en la carrera de Indias. Uno de sus hijas, Jerónima Baptistina, se matrimonió en 1722 con Pedro Francisco de Voss Bosschaert, un comerciante originario de Amberes. De este último matrimonio nacería Vicente Antonio de Voss, quien acabaría casando en 1748 con la hija del marqués de la Cañada. Juan José IGLESIAS RODRÍGUEZ, “Los fondos documentales del Archivo Histórico Provincial de Cádiz para el análisis de la trayectoria de los comerciantes” en TERESA BASTARDÍN CANDÓN, María del Mar BARRIENTOS MÁRQUES (Eds.), *Lengua e Historia en el Archivo Histórico Provincial de Cádiz*, Cádiz: Universidad de Cádiz, 2015, pp. 131, 139-141.

⁸ En el texto: *muracion*.

entró también el cirujano, y viendo el cadáver levantado, en la forma que está ya dicho, y que se hallaba flexible y sin mal olor, dispusieron sangrarlo (sin darnos parte ni tener en la determinación influjo alguno). De hecho, lo ejecutaron, y picada la vena corrió prontamente sangre líquida, tanta que pudieron mojar pañuelos con grande gozo de su piadosa devoción.

Llegó el miércoles y comenzó muy temprano [p. 16] su vigilia y misa la comunidad de San Juan de Dios, que concluyó con mucha solemnidad. A esta siguió la de nuestro padre San Francisco, de la regular observancia, que cantó con admiración. Luego nuestro padre Santo Domingo, con igual pompa, y con la misma, las de nuestro padre San Agustín y reverendos padres mínimos. Los reverendos padres descalzos hicieron la función en su iglesia. Estas son las comunidades que hay en esta ciudad; y, como se hacía todo con tanta majestad, duró hasta la una y media. Las comunidades de religiosas le hicieron también sufragios. Y el día de nuestra Señora, por la tarde, vinieron los Rosarios, de Milagros, Santo Domingo, y Carmen, la Orden Tercera, y la Hermandad de la Caridad, todas cantaron el responso y encomendaron a Dios a la difunta, con gran consuelo y agradecimiento nuestro.

Cuando subían las comunidades al presbiterio, al responso, estaba nuestra comunidad puesta en orden, con velas encendidas, como lo hacíamos en nuestro convento de Sevilla. Con estas circunstancias, que extendían más la voz y la veneración en el pueblo, crecían, por instantes, los concursos, tanto que, porque no sucediesen desgracias, fue preciso poner soldados y bancos, de modo que por orden se entrase por una parte y se saliese por otra, en que dicen se trabajó mucho. Dicen que el [p. 17] concurso pasaría de doce mil personas. Así que concluyeron las comunidades y se sosegó el tumulto, quedó el pintor para sacar su retrato, el que delineó muy al vivo.

A la tarde vino todo el ilustre clero, precediendo el señor vicario, con capa. Cantaron con su música la vigilia y luego entró el dicho señor vicario para el entierro, el que estaba dispuesto en el hueco del altar del coro, que desde que se labró prevenimos quedará vacío para este fin, sin que su reverencia lo supiera. Ya estaba puesta en su caja, y antes de cerrarla dispuso el señor vicario pasáramos todas a besarle la mano, lo que hicimos con las lágrimas y afectos de singular ternura. Tenía las manos sueltas y extendidas, como unas madejas de seda. Llegamos unas por un lado y otras por otro. Concluido esto se cerró la caja con dos llaves, una se llevó el señor vicario y otra se quedó en el convento.

Son generales los deseos de alguna alhajita del uso de su reverencia, que veneran todos por reliquias. Ni las medallas, rosarios y menudas piezas en que se dividió su hábito y su manto bastan a satisfacer el ansia con que todos piden. Es admirable la devota piedad con que se recomiendan a sus méritos.

No contenta con tanto la devoción y amor [p. 18] de nuestro síndico, dispuso honrar, difunta, a la que veneró siempre viva. Nos consoló mucho con la determinación de hacerle honras pues ya que nosotras no podemos, por nuestro instituto, nuestro Señor cuida de mover los corazones para que así se publiquen los méritos de sus humildes siervas y no se quede bajo el celemín del silencio la luz que merece dilatados países. Para eso movió en Sevilla el corazón del ilustrísimo prelado, el excelentísimo señor don Luis de Salcedo⁹, para que quedase dignamente honrada nuestra venerable madre sor Josefa de Palafox¹⁰; y aquí, el del señor don Vicente de Vos, para que no fuese menos el honor de nuestra madre. Aun la detención de pocos días molestaban su mucho amor pero, por accidentes inexcusables, hubo de detenerse la función hasta el día veinte y dos del dicho mes de diciembre, día en que se franqueó la iglesia para este fin con el aparato competente.

Para dejar lugar al concurso se puso el túmulo sobre las gradas del presbiterio; desde este llegaba hasta el camarín de San Miguel, que está bien alto. Tenía cuatro cuerpos y en las tres caras de cada uno se dejaban ver varios despojos de la parca. En el cuerpo del medio estaba el escudo de nuestra santa religión haciendo propia de esta el alma de aquella pompa fúnebre. Gran número de blandones y velas gruesas le hacían ardiente pira u abra- [p. 19] sado Vesubio; en su altar y los colaterales, a que da vista el coro, se estuvieron diciendo misas toda la mañana; llegaron al número de cincuenta y todas las mandó aplicar dicho señor, quien usó la bizarría de dejarnos toda la cera que sirvió en la función. Llegó la hora de esta, que ofició la música de la prioral iglesia, aumentada de algunos instrumentos que hizo venir de Cádiz la generosidad del caballero, que todo lo quería con la mayor ostentación.

Por no haber toda la capacidad que piden tales funciones en la cortedad de nuestras iglesias no hizo convite; pero se convidaron tantos y de la primera plana, que solo el respeto que causan los soldados pudo excusar algún desorden o túmulo que desgraciara la función. Con gran seriedad y pompa comenzó y concluyó con la misma. Predicó el sermón el muy reverendo padre fray Antonio de Santiago¹¹, R. Capuchino. Dijo mucho de la vida y particularidades de nuestra madre

⁹ Véase nota 1.

¹⁰ Josefa Manuela de Palafox y Cardona nació en Zaragoza en 1649. A los diez años ingresó en el convento de capuchinas de la capital aragonesa. En este mismo convento fue, sucesivamente, sacristana, ropera, maestra de novicias hasta que fue elegida, con cuarenta años, como abadesa. En 1701 fue elegida, bajo el ascendiente de su hermano, el arzobispo Jaime de Palafox, para participar en compañía de otras cinco capuchinas –entre las que se contaban Clara Gertrudis Pérez, autora de esta carta, y Josefa Antonia Melero, la difunta recordada en esta obra– en la fundación de un convento de su orden en Sevilla. Falleció en 1724. Isidro DÍAZ JIMÉNEZ, “Los testamentos de Sor Josefa de Palafox, primera abadesa del convento de capuchinas de Santa Rosalía de Sevilla” en Manuel PELÁEZ DEL ROSAL, *El franciscanismo en Andalucía: perfiles y figuras del franciscanismo andaluz*, Córdoba: El Almendro, 2009, pp. 119-135 y Carlos FRANCISCO NOGALES MÁRQUEZ, “El convento de Santa Rosalía de Sevilla y Antonio de Figueroa: una revisión bibliográfica” en Francisco Javier CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, *La clausura femenina en el Mundo Hispánico: una fidelidad secular*, Madrid: Real Centro Universitaria Escorial-María Cristina, 2011, 2, pp. 789-806.

¹¹ Este sermón se acabó publicando bajo el título *Lúgubre declamación: Oración fúnebre, en las solemnes exequias, que en el convento de el señor San Miguel de Religiosísimas Madres Capuchinas, del Gran Puerto de Santa María, el día 22 de Diciembre del año*

muy a nuestro gusto, aunque no todo porque la larga serie de vida tan perfecta pedía mucho más tiempo que el de hora y media que duró la oración. Concluida esta para el responso bajó la comunidad al coro, y abierto el rayo parecimos todas con velas y velos. Lo cantó la música con grande majestad y pausa, y con él se finalizó todo, muy a satisfacción nuestra y de todo el pueblo, como a la una y media.

[p. 20]

No podemos, madres mías, ponderar la obligación que tenemos a este caballero síndico y a toda su casa, que tanto y con tanta prodigalidad nos favorece y honra. Toda nuestra sagrada religión les debe estar muy agradecida y encomendarlos mucho a nuestro señor; a vuestras reverencias, con especialidad, pedimos nos ayuden a satisfacer en algo tan grande deuda con sus santas oraciones, pidiendo también a Dios por la gloria de su padre, que tanto ejemplo dejó a su hijo, y por la salud y vida de nuestra madre síndica, abuela de dicho señor, y madre muchas veces en el caritativo empleo en que con tanto ejemplo lo ha criado. Y levantando nuestros corazones y afectos al cielo, madres mías, llenemos de agradecimiento a nuestro Dios y Señor, viendo lo que honra a sus siervas y a una pobrecita religiosa, escondida, retirada, despreciada y despreciadora del mundo. Conmovidos los pueblos, empeñados los señores, y esmerados los eclesiásticos y religiosos, dejando su sosiego para venir a nuestra pobre iglesia, a costa de muchos pasos e incomodidades, para honrarla. Bendito sea para siempre el que, para confusión de la soberbia del mundo, escoge de él lo más abatido y despreciable para hacer ostentación de sus favores y misericordias. Se precia que la pobreza y encogimiento de nuestro encerrado y penitente instituto, de [p. 21] tiempo en tiempo, sobresalga en tan distinguidos lucimientos; de lo que debemos todas tener una santa complacencia y lo que nos debe servir para estar siempre muy humilladas, enamoradas de un Señor que tanto nos quiere.

Todas nos debemos complacer, principalmente nuestras madres de Zaragoza, que tales hijas han dado, como fue la madre sor Ángela Astor¹², que ilustró el reino de Murcia, cuya causa,

de 1750, consagró a la buena memoria de la exemplar señora y venerable Madre, la Madre Soror María Antonia Josepha Melero y Andia, compañera en la fundación de el de Sevilla, y primera fundadora y meritísima Abadesa de dicho Convento... como Syndico y singularmente inclinado a sus singulares y notorias virtudes, el Sr. D. Vicente Antonio de Vos Hernández y Wintjysen. Dixola el M.R.P. Antonio de Santiago predicador capuchino en su convento de la Ciudad de Cadix. Puerto de Santa María: Roque Gómez Guiraum, s.a. [pero 1751]. Francisco AGUILAR PIÑAL, *Bibliografía de autores españoles del siglo XVIII*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1981, I, nº 1959. En la actualidad se conservan ejemplares en la Biblioteca Nacional de España, la Biblioteca Pública de Cádiz, la Biblioteca del Arzobispado de Sevilla y la Biblioteca General de la Universidad de Sevilla [CCPB 000521534-X].

¹² Ángela Astorch nació en Barcelona en 1592. Con diez años entró como novicia en el convento de capuchinas de Barcelona. En 1614 participó en la fundación del convento de capuchinas de Zaragoza como maestra de novicias. En 1645 encabezó la fundación del convento de su orden en Murcia. En esta ciudad falleció en 1665. Fue beatificada por

para su beatificación, está en Roma, siendo la incorrupción de su cuerpo perpetuo testigo de la gloria de su alma.

Nuestra venerable madre sor Josefa de Palafox, que se crió en aquel santo convento y fue su prelada, y pasando a serlo del que fundó en Sevilla, dejó ambas regiones llenas del fragante olor de sus virtudes, y su convento de Sevilla asegurado en la perfecta observancia en que lo fundó y crió su santo ejemplo.

Como hija de tal madre, en fin, resplandeció nuestra venerable madre sor María Antonia Josefa Melero y Andia en el firmamento de nuestra santa religión, llenando todos los números de perfecta religiosa, dignísima fundadora y meritísima prelada. No se ciñó su luz a un solo un país; lució perfectamente en los tres de Zaragoza, Sevilla y el gran Puerto de Santa María; y no pudiendo tanta luz ceñirse a las estrecheces de nuestros con- [p. 22] ventos se dilató a todos los pueblos y gentes de la comarca, llenándolos de admiración, devoción y ejemplo.

Tuvo, en fin, su ocaso en este gran Puerto de Santa María; y como al ponerse parece el sol más grande, en sus últimos crepúsculos se dejaron admirar, pero no medir, los grandes tamaños de su perfección. Lució constante desde el principio hasta el fin. Como nuestro señor Dios puso a nuestra madre Santa Clara para senda y ejemplo de toda su sagrada religión, así puso a esta santa madre para luz y guía de esta pequeña grey y comunidad, que fundó y gobernó por espacio de veinte y un años, menos los días que hay desde seis de diciembre en que murió hasta veinte de enero, que fue el día en que llegamos a esta ciudad, el año de treinta. Todo este tiempo quiso el Señor conservarnos su vida en medio de los mayores trabajos, enfermedades, tantos años de edad y tantas fatigas de prelada, para que con su ejemplo quedásemos confirmadas en la exacta observancia de la prometida regla y santa fundación, para que no tengamos disculpa en su divina presencia.

¿Cómo la tendremos si nos puso Dios en nuestra madre un ejemplo vivo de toda perfección? Siempre la vimos todas, y yo el largo tiempo que la he tratado, que son cincuenta años, perfecta en el si- [p. 23] lencio, perfecta en la refección, perfecta en el ayuno, perfecta en la refección, perfecta en el oficio divino, perfecta en la oración mental, perfecta en la veneración con que estaba delante del santísimo sacramento siempre de rodillas; tanto que, de estarlo, se había torcido el cuerpo como un S. constante en la penitencia hasta los ochenta años. Perfecta en la obediencia, perfecta en mandar y tan perfecta prelada, que en tan largo tiempo ninguna se cansó de su reverencia. Y todas igualmente lloran y lloraron su falta. Mucho decir parece, pero todavía,

creo, me quedo corta. Y que merece más elocuente y ponderosa narrativa vida tan a todas luces santa y tan llena de gracia delante de Dios y de los hombres.

Gócese, pues, el convento de Zaragoza con tales hijas, frondosos vástagos de tan noble tronco; mientras nosotras lloramos la pérdida de tan excelente madre, maestra, compañera, hermana y consuelo, pues todo lo hemos perdido en su reverencia, a quien nuestro señor descansa por todas las eternidades en su santa gloria. Amén.

Vuestras reverencias como hermanas contemplen y compadezcan nuestro dolor, y pidan a nuestro Señor en sus santas oraciones nos de fortaleza, supla con sus divinos auxilios la falta de tan eficaces ejemplos, para que no descaezca nuestra tibieza en la perfec- [p. 24] ción en que nos dejaron, y a nuestra madre le dé su eterno descanso. Lo que ya creo habrá comenzado a hacer la piedad de vuestras reverencias aplicándole los sufragios que pidió en carta, que dejó escrita a esa comunidad, que guarde Dios nuestro Señor muchos años en su santo amor y gracia.

En este convento del señor San Miguel de pobres capuchinas del gran Puerto de Santa María, a 28 de diciembre de 1750.

De vuestra reverente sierva en el Señor.

Sor María Gertrudis de Lero.

Indigna abadesa.